

## **Juan 1:6-8,19-28**

Sermón Juan 1\_6\_8\_19\_28 Aviento 3 2011 Is. 61:1-3,10-11;  
1 Thes. 5:16-24

Hubo un hombre enviado por Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino un testigo de la luz. ... Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle: — ¿Quién eres tú? Él confesó y no negó. Confesó: —Yo no soy el Cristo. Y le preguntaron: —¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: — No soy. —¿Eres tú el Profeta? Y respondió: —No. Entonces le dijeron: —¿Quién eres? Tenemos que dar respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo? Dijo: —Yo soy “la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor”, como dijo el profeta Isaías. Los que habían sido enviados eran de los fariseos. Y le preguntaron diciendo: —¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta? Juan les respondió diciendo: —Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Este es el que viene después de mí, quien es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado. Estas cosas sucedieron en Betábara, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando.” (Juan 1.6-8,19–28)

De los cuatro domingos de Adviento en esta serie de textos, dos de ellos tratan del ministerio de Juan el Bautista. Y es apropiado. Adviento tiene el propósito de prepararnos para la venida de Cristo. Nos preparamos para celebrar con la actitud correcta la venida de Jesús en Belén en la primera Navidad. Pero esa preparación tiene que ver con lograr en nosotros el objetivo del ministerio de Juan para los judíos de su día, es decir, producir un pueblo realmente arrepentido de sus pecados y llenos del anhelo de que Cristo venga a él para morar en su corazón por medio de la fe para participar en su reino de gracia, la seguridad del perdón de los pecados. Sólo así estaremos también preparados para la segunda venida de Cristo, para juzgar a los vivos y a los muertos. Así que, hacemos bien en meditar en el tema de nuestro sermón para hoy: Juan el Bautista, un testigo fiel. Veremos que 1. Señaló a la luz para que todos creyeran por medio de él. 2. No arrojó a sí mismo las prerrogativas del Mesías. 3. Expresó su profunda humildad exaltando la grandeza de Cristo.

Juan fue un hombre con un mensaje. No fue un mensaje que él mismo había inventado. No fue algo que le pareció razonable a él. No designó a él mismo como predicador y líder religioso. Al contrario, nuestro texto nos declara: “Hubo un hombre enviado por Dios”. Vino como uno comisionado por Dios, con un mensaje que Dios le había proporcionado. Y así el texto nos da el título que realmente le correspondía en el plan de Dios. “Este vino como testigo”. Y cuando comienza a hablar del contenido de este testimonio, qué venía para proclamar al pueblo de parte de Dios, nos dice: “para dar testimonio de la luz”. Esta luz a que Juan debería dar testimonio es la Luz que resplandecía en las tinieblas. La situación es lo que presenta el profeta Isaías cuando escribió: “Mas no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia ... El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; a los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos” (Isaías 9.1–2). También en el capítulo 60 Isaías retrata el mundo entero como en las tinieblas del pecado y la condenación, cuando dice: “¡Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti! Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová y sobre ti será vista su gloria” (Isaías 60.1–2). El clímax de la profecía de Isaías 9 identifica qué es esa venida de la luz a la tierra que estaba en tinieblas: “Porque un niño nos ha nacido, hijo nos ha sido dado, y el principado sobre su hombro. Se llamará su nombre ‘Admirable consejero’, ‘Dios fuerte’, ‘Padre eterno’, ‘Príncipe de paz’” (Isaías 9.6). Así que, cuando dice que Juan vino para dar testimonio de la luz, lo que quiere decir es que la misión a que Dios le había enviado es dar testimonio de Jesús, proclamar la venida del Mesías y Salvador que Dios por tanto tiempo había prometido enviar a Israel para que disipara las tinieblas y la condenación del mundo.

El propósito de este testimonio a Jesús como el Salvador que Dios envió al mundo también se indica. Fue “a fin de que todos creyeran por medio de él”. El mensaje de Juan fue, como se escuchó en el texto la semana pasada, una predicación de arrepentimiento. Era un mensaje que proclamó a todos los hombres que eran pecadores perdidos y condenados, llamándolos a dejar su pecado y acudir a aquel que perdonaría sus pecados y les daría vida y salvación. El evangelio que Juan proclamaba era el evangelio que es “poder de Dios para salvación a todo aquel que cree”. Es un mensaje que tiene el

poder para producir la fe, y busca producir ese efecto en todos los que lo oyen.

Todo el propósito de Juan como testigo fue alejar la atención de él mismo, y dirigirlo a aquel que es la Luz que debe brillar para la salvación de los hombres. Así que otra vez el texto afirma: “Él no era la luz, sino un testigo de la luz”.

Fiel a su misión, Juan no arrogó a sí mismo las prerrogativas del Mesías. Cuando una delegación de Jerusalén llegó a la región del desierto del río Jordán en donde Juan estaba bautizando, le hicieron una serie de preguntas. La primera era: “¿Quién eres tú?” Como era una delegación de las autoridades judías en Jerusalén que supervisaban la vida religiosa de los judíos, Juan sabía muy bien lo que estaba detrás de su pregunta y qué era lo que realmente querían saber. Así que respondió: “Yo no soy el Cristo”. Negó ser el Mesías prometido. Su misión no era señalar a él mismo, sino apuntar a otro como el cumplimiento de la esperanza y necesidad del pueblo.

Siguieron con la interrogación. “¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías?” Los judíos tenían una variedad de ideas acerca del papel de Elías en conexión con la venida del Salvador. Una de las más comunes fue que Elías, quien no había muerto sino había sido llevado directamente al cielo en un carro de fuego, volvería a la tierra para predicar el arrepentimiento y preparar al pueblo para la venida del Mesías o el Cristo. Malaquías 4:5 había declarado: “Yo os envío al profeta Elías antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y castigue la tierra con maldición” (Malaquías 4.5–6). Y cuando el ángel Gabriel había anunciado el nacimiento de Juan a su padre, Zacarías, le dijo: “Hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor, su Dios. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (Lucas 1.16–17). La respuesta de Juan a la pregunta si era Elías fue: “No soy”. No era aquel Elías histórico que muchos judíos esperaban. Y notamos que el ángel no dijo que Juan sería Elías, sino que tendría una misión similar a la de Elías. Vendría “en el espíritu y poder de Elías”. Reconociendo que en cuanto a función y el propósito preparatorio para su venida de Juan el Bautista, Jesús mismo dijo de él: “Y si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir” (Mateo 11.14).

Luego le preguntaron: “¿Eres tú el Profeta?” Y otra vez la respuesta es: “No”. La referencia es a la gran profecía de Moisés en Deuteronomio 18:15,18. “Un profeta como yo te levantará Jehová, tu Dios, de en medio de ti, de tus hermanos; a él oiréis. ... Un profeta como tú les levantaré en medio de sus hermanos; pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo le mande”. Como indica el artículo *el Profeta*, esto no era una pregunta genérica, sino si él era aquel gran Profeta de que hablaba Moisés. Todo el Nuevo Testamento claramente señala que ese profeta de que hablaba Moisés no es otro sino el Mesías mismo. Dios mismo desde el cielo identificó a Cristo como su Hijo amado en quien tenía complacencia. Y dijo significativamente: “a él oíd”. Así que Juan hizo bien en rehusar tomar ninguno de los atributos del Cristo para él mismo.

Pero los enemigos siguieron con su investigación: “¿Quién eres? Tenemos que dar respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo?” Y los fariseos después le preguntaron: “¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?” Frente a esto Juan dio respuestas que indican su conciencia de que tenía una misión divina que cumplir, pero con total humildad indicó que su único propósito fue señalar y servir a aquel que sí era el Cristo venido para salvar a los pecadores.

“Yo soy ‘la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor’, como dijo el profeta Isaías”. Es decir, su misión era preparar a un pueblo consciente de sus pecados y su muerte espiritual, para que sus corazones estuvieran preparados para recibir como buenas noticias el anuncio de que el Salvador tanto tiempo esperado había llegado. Esa voz que prepara un camino para el Señor en el árido y escabroso corazón humano lleno de pecado es lo mismo que escuchamos en el Evangelio del domingo pasado. Sólo cuando los obstáculos del pecado y la impenitencia, la idea de la justicia propia que haría innecesaria la obra de todo Salvador, se quitan del corazón humano por la predicación de la ley, será el caso también que “entonces se manifestará la gloria de Jehová y toda carne juntamente la verá, porque la boca de Jehová ha hablado” (Isaías 40.5). Pieper comenta sobre esta profecía de Isaías: “Esta profecía, hay que decirlo, trata no solamente de Juan el Bautista sino de todos los demás predicadores que tienen un llamamiento similar, si han vivido antes de Juan o después de él.” (Pieper, Isaías II.). Sigue siendo la tarea de todo ministro fiel del evangelio llamar a la gente al arrepentimiento mediante la predicación clara de la ley

del Señor, para luego señalar a Jesús y su venida y su muerte en la cruz como el pago completo y adecuado por todos nuestros pecados.

Juan cierra este fiel testimonio a Cristo alejando otra vez toda atención de su persona y dirigiendo toda la expectativa del pueblo al Cristo que ya estaba entre el pueblo pero a quien el pueblo no conocía. “Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Este es el que viene después de mí, quien es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado”. Usa tres maneras para impresionar a sus oyentes la grandeza de aquel para quien Juan estaba preparando el camino. Dice que viene después de él. Juan es el precursor, Jesús es la gran realidad para la cual está preparando. Dice que Jesús es antes que él. Aunque nació después de él y comenzó su ministerio después que él, tiene que decir que Cristo es antes que él. De hecho, el apóstol Juan en los primeros versículos de este capítulo inicial de su Evangelio declaró que “En el principio era el Verbo, el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios” (Juan 1.1). De acuerdo a eso, Juan el Bautista da un claro testimonio a la divinidad del hombre que viene después de él. Ha existido antes de Juan, de hecho, desde la eternidad. Es Dios venido en carne humana a quien señalará Juan como el que libraré a su pueblo de sus pecados. Y dice que no es digno ni de desatar la correa de su calzado. Es interesante que en la sociedad de aquellos días, se decía que un discípulo o alumno debería hacer cualquier servicio que su maestro le pidiera, con la excepción de quitarle sus zapatos, que era considerado demasiado humillante. Pero Juan destaca la grandeza de Jesús diciendo que no es digno de hacer ni esto para su maestro.

Al día siguiente, daría su gran testimonio a Jesús que venía a él: “¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1.29). Y cuando algunos seguidores, celosos por el prestigio de su maestro, le quejaron que Jesús estaba bautizando a más personas que él, él respondió humildemente: “Es necesario que él crezca y que yo mengüe”.

Juan es un gran ejemplo para todo predicador de la palabra. No podemos aspirar a nada más grande que sólo ser “la voz”, la voz que llama al arrepentimiento y que señala al único que puede quitar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad, a Jesucristo, el Dios eterno venido a este mundo en un establo en Belén para cargarse de nuestros pecados y llevarlos hasta la

muerte en la cruz para procurar nuestra salvación. Realmente es, como Juan fielmente proclamó, “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. Así que no pongamos nuestra fe o confianza en ningún predicador por su persona. Pongamos más bien nuestra confianza en aquel a quien Juan tan fielmente proclamó, Jesucristo, nuestro divino Redentor. Amén.